

July 25, 2021
Penelope Bridges
Small Things with Great Love

Una vez más, las Escrituras nos confrontan con unas historias sobre el poder: el poder humano y el poder divino. Esta historia de David y Betsabé es horrenda. David está cómodo con su poder real. Está tan cómodo que ya no lidera a sus soldados en la guerra, sino envía a otros para que ellos lo hagan, mientras él se relaja en su casa, con demasiado tiempo libre.

La semana pasada, en la oración matutina, leímos que David, más joven, estaba luchando contra Saul cuando encontró a Nabal y su esposa Abigail. Los soldados de David habían protegido a los pastores de Nabal, y David pidió comida a Nabal, pero Nabal lo rechaza con insultos. Abigail, hermosa y lista, persuade a David que no mate a Nabal y sus familiares. Cuando Nabal pronto se muere, David se casa con la viuda inteligente.

En este momento, vimos que David se comporta en otra manera. Desea a Betsabé, la esposa de Urias, que está peleando las batallas de David, y abusa su poder para que pueda violar a Betsabé. Entonces, trata de esconder las consecuencias; y, en el final, él asegura la muerte de Urias. El poder del mundo puede corromper incluso a lo mejor de los hombres, incluso al querido de Dios.

Pues, miremos al Evangelio para saber como Jesús usa su poder divino, en estas dos historias. La historia de los panes y los pescados es el único milagro contado en todos los Evangelios. Es un texto con significado eucarístico.

La sugerencia de Andrés era loca. El lo sabía - ¿Qué es esto para tanta gente? Pero resultó en algo asombroso. A veces, las ideas más locas son las mejores. Hace seis años una pareja de la iglesia vino para preguntar si la catedral podía proveer las duchas para los indigentes. Ellos pensaban que yo negaría la idea, pero no. Parecía bastante loca – enfrentábamos muchos retos con los indigentes – el robo, el vandalismo, los fuegos. Pero la idea era claramente consistente con el Evangelio. Como ustedes saben, las Duchas de Bendiciones pronto se volvieron en nuestro ministerio principal de servicio, y hoy en día este ministerio es el centro de nuestro sueño de construir un centro de servicio en el sótano de nuestra capilla.

Necesitamos las ideas locas. La necesidad del mundo – para comida y agua suficiente, para la paz, para la justicia, para la curación del planeta – es enorme. Podemos estar desanimados debido a tanta necesidad, pensar ¿qué importa mi pequeño esfuerzo contra tanta desesperación? La santa madre Teresa nos aconsejó que hiciéramos las cosas pequeñas con el amor grande. Los hechos pequeños del amor y de la generosidad se acumularán. Nuestras promesas mantienen la vida de esta catedral. Muchas donaciones harán posible el sueño del centro de servicio. Cada miembro de nuestra Sociedad de Legado ha respondido a la llamada para compartir su abundancia con las generaciones futuras de la catedral. Cada legado, pequeño o grande, se contribuye, y juntos construyen el futuro de la catedral.

Nuestro centro de servicio no reparará el problema del desamparo en San Diego, pero podemos aliviar el sufrimiento de nuestros prójimos sin hogar. Panes y pescados: si cada uno de nosotros contribuimos un poco, podremos construir el centro.

Jesús alimenta a la multitud hambrienta: hay suficiente para todos y nada se desperdicia. Ojalá que fuera la verdad para nuestro mundo. Este planeta puede producir comida suficiente para todos, si actuamos con sabiduría, si la distribuimos igualmente. Pero, no es. Los países ricos, como los Estados Unidos, producen más que necesitamos y desperdiciamos una cantidad escandalosamente grande. De media, cada Americano desperdicia un libro de comida por día. Es más o menos un tercio del suministro de alimentos.

Imagínate que compras seis hamburguesas e inmediatamente tiras dos, o que compras un galón de leche y entregas más de cuarto por el desague. Pues, en realidad es más sutil: nunca vemos las verduras feas o los cortes de carne no deseados por Americanos. Vamos a un restaurante, ignoramos la cesta de los chips de tortilla, y dejamos la mitad de la comida en nuestros platos. Nuestro tratamiento del don precioso de Dios es blasfemo.

Jesús muestra el poder divino para dar, para compartir, para proveer lo que el alma y el cuerpo hambriento necesitan. Y, en el siguiente párrafo del evangelio, vemos su poder con más claridad.

Los discípulos en su barca están en la oscuridad, en peligro del abismo. No tienen ningún control en su situación. Cuando Jesús les acerca a través del agua, no le conocen: están todavía aprendiendo el poder de Dios en él. Se identifica con el nombre de Dios “Soy Yo”, y los tranquiliza con las palabras No tengan miedo – el saludo de los ángeles. Ellos llegan a recibirlo en la barca, tan como llegamos a recibir el sacramento en nuestra propia barca, esta catedral que nos lleva. Tan pronto como le reciben, están seguros, la barca en la orilla, rescatados del caos de la tormenta. ¿Quién es esto, que controla las ondas, que nos guía a través de nuestras tormentas a un puerto seguro? Es Dios, Dios que creó el cielo y la tierra, que quiere redimir la creación a través del poder de dar.

Y entonces, como yo pienso en la alimentación de los cinco mil, me pregunto: ¿Podemos empezar cada actividad de ministerio con la pregunta: ¿para qué están la gente hambrienta; y cómo podemos alimentarla por medio de este ministerio? Y, cómo pienso en Jesús, caminando sobre el mar, me pregunto: ¿Cómo podemos mostrar el poder asombroso de Dios por medio de todo lo que hacemos en la catedral de San Pablo? Y me pregunto, ¿Qué hacemos cada uno de nosotros para llevar a cabo la redención y la curación de la creación?

Quizás tienes un auto de baja emisión.

Quizás restringes tu consumo de carne para la salud del planeta.

Quizás compostas los restos de comida.

Quizás tienes paneles solares en tu casa.

Quizás te sientes que tus esfuerzos son insignificantes, pero, si nos juntamos, nuestros panes y pescados se suman. Y, si suficientes de nosotros nos juntamos, sabremos que el poder de Dios,

actuando en nosotros, puede realizar todas las cosas infinitivamente mejor de lo que podemos pedir o pensar.

Oremos:

Dios, nuestro creador: alimentas a tu gente con el pan del cielo; que esta comida santa nos sostenga en nuestro peregrinaje terrenal, para que lleguemos a ese lugar donde tu pueblo ya no tiene hambre ni sed, y tu creación se restaura en toda su gloria. En Jesucristo nuestro Señor.
Amén.